

EN PUNTO

TEATRO

Juicio americano sobre cuatro autores españoles

Es interesante saber lo que los públicos americanos piensan de las distintas obras que lleva en su jira la buena Compañía del María Guerrero. A nuestros oídos han llegado algunas opiniones de un calificado testigo de las primeras representaciones, aunque siempre queda en pie el muy importante dato de saber qué tipo de público es el que asiste a estas funciones, y, país por país, qué relación existe entre esos espectadores teatrales y la colectividad nacional correspondiente.

Autores sometidos a juicio: Valle-Inclán, Arniches, Miguel Mihura y Antonio Gala (pues los clásicos quedan al margen de este debate). Obras: «La enamorada del rey», «La rosa de papel», «El señor Adrián, el primo», «Tres sombreros de copa» y «Los verdes campos del Edén».

El gran vencedor, sin la menor duda, Valle-Inclán. Y, en especial, «La rosa de papel», lo que prueba, indirectamente, las asociaciones que nuestro público advertía o establecía a cuenta de «La enamorada del rey», y que, lógicamente, no surgen en el público americano.

El éxito de Valle no hace sino confirmar lo que ya sabíamos: que se trata del más grande autor español contemporáneo y que la imposibilidad de seguir el magisterio de su esperpento entraña algo así como una automática calificación de nuestra penuria escénica. Los que tantas veces, hablando de las relaciones culturales entre España y los países latinoamericanos, se pierden en un bosque de palabras, habrían de sacar de este éxito de Valle las oportunas conclusiones. Conclusiones de una objetividad inapelable: porque el problema está en que Valle nos da ese prestigio y fuerza cultural

que tantas otras cosas nos rebajan.

Arniches ha servido al tópico. «La señorita de Trévelez», sobre todas, y alguna que otra comedia grotesca, podían haber mostrado el Arniches más rico y más inseguro. «El señor Adrián, el primo», responde por el contrario, a la más «pura» imagen del sainete madrileño. La obra funciona como una hermosa postal en colores de la Corrala. El público encuentra todo lo que, preceptivamente, es Arniches. Y lo pasa bien.

Con «Tres sombreros de copa» —para mi gusto, una de las grandes obras del moderno teatro español— ocurre una cosa sólo aparentemente extraña, pero, en realidad, totalmente lógica tratándose de una obra de humor. Al parecer, el público no la entiende muy bien. Así debe ser en la medida en que se les escape «el otro lado» de la moneda.

Recordemos las vicisitudes sufridas por esta excelente obra en aquella jira que Maritza Caballero realizó por provincias. Una determinada realidad española se sintió agredida y rechazó con violencia la comedia. Esa realidad, que es toda una concepción de la sociedad y de la vida, un repertorio de contradicciones y coartadas, es la que puso en solfa Miguel Mihura. Ahora bien, ¿cómo acceder a las claves del humorismo de la comedia si el espectador no tiene conocimiento de esa realidad puesta en entredicho? ¿Cómo respirar la potencia agresiva —poéticamente agresiva— de una situación, de un personaje o de una frase, si, previamente, uno no ha sentido el peso de lo que ahora se combate?

Lo que vuelve a demostrar una cosa archisabida e impracticada: el gran teatro se escribe siempre al arrimo

de unas circunstancias concretas; por definición, cosmopolitismo, teatro para no importa qué lugar, y verdadero y gran teatro, son conceptos que se excluyen. Aunque, muchas veces, por extensión de las circunstancias, una obra enraizada en un lugar, un tiempo y una coyuntura, pueda ser más o menos comprendida en todo el mundo. Finalmente, la obra de Gala, «Los

verdes campos del Edén», resulta ambigua para una mayoría. Suena —me decían— un poco a un Saroyan menor. Lo que viene a dar la razón a las críticas de los que —recuerdo, por ejemplo, lo que escribió Ricardo Domenech— la consideran la obra más endeble del, sin duda, interesantísimo autor de «El sol en el hormiguero» y «Noviembre y un poco de hierba». ■ J. M.

CUANDO BERGMAN SONRIE

A propósito de todas estas damas...



A un snobismo Bergman ha sucedido otro de sentido contrario. Esto es un hecho. El realizador sueco, descubierta para Europa en el Festival de Cannes de 1956, precisamente a raíz de la proyección de «Sonrisas de una

noche de verano», que desde hace unas semanas se proyecta en Madrid, ha sido, durante la segunda mitad de la década de los cincuenta, el «intocable», cada uno de cuyos films —que por otra parte iban llegando a las pantallas en absoluto desorden cronológico— era saludado con frenesí casi irracional. Luego vino el desmoronamiento, un desmoronamiento que procedía más de la actitud de críticos y espectadores que de la propia trayectoria de su obra. Una operación de apropiación, por parte de la burguesía —Bergman no ha sido nunca, por supuesto, un cineasta revolucionario, o lo ha sido en muy contadas ocasiones—, dio como resultado que en la imagen popular el pensador suplantara al cineasta, el filósofo al poeta del amor. Y de ahí ha venido, en líneas generales, la confusión.

Bergman, en efecto, es más que discutible como filósofo, empezando por la pseudoprofundidad de las tesis de sus films más «serios». Su búsqueda de lo absoluto a partir de unas coordenadas ideológicas que son extrañas a quien no sea muy versado en la cultura nórdica, no interesa demasiado en otras latitudes. La insistencia, por otra parte, con que en las últimas de sus obras recientes llegadas a nuestras pantallas explicita sus ideas, no viene a arreglar las cosas, y, así, en «Los comulgantes» y «Persona», los extraordinarios hallazgos en el terreno de las relaciones entre los personajes —de carácter vampírico— se ven frustrados por un demasiado evidente y machacón afán de dar sustancia literaria a lo que se bastaba para expresar la imagen... No obstante, queda en la mayoría de sus obras, incluso en las más cuestionables, un sedimento válido, el que se refiere a la relación hombre-mujer, nunca sencilla, siempre auténtica, y, sobre todo, una extraordinaria galería de retratos femeninos, a la que han dado vida una serie de actrices maravillosas, desde la Eva Henning de los comienzos, a su último descubrimiento, Liv Ullman, pasando por las habituales Harriet Andersson, Eva Dahlbeck, Bibi Andersson, Ingrid Thulin...

«Sonrisas», que llega a pantallas es-

